

De la larga y verdadera transición

JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS



ADVERTENCIA: EL texto siguiente está escrito a contrapelo de opiniones y actitudes convertidas en lugar común de la reflexión política actual en México, por supuesto. He de constar que cuando digo esto asumo la posición de E. H. Hobsbawm, a saber: que esa reflexión corre a cargo de gente con educación, considerada culta: maestros de escuela laicos y eclesiásticos, catedráticos universitarios, periodistas, escritores varios, historiadores, sociólogos, etc., etc. Dicho eso añadiré enseguida que esa reflexión en la hora actual me parece, al mismo tiempo, obtusa, complaciente y catastrófica, en la mayoría de los casos. La "clase" intelectual de México se ha quedado, aunque parezca duro decirlo, por debajo aún de la clase política. Ésta por lo menos, si rapaz, cuida sus tangibles presas; si responsable —y en general lo es— mantiene en equilibrio al país y lo hace cotidianamente posible. Los intelectuales, en cambio, en modo alguno desprovistos de avidez, ni todos moralmente solventes, han inventado el juego de esperar un Godot revolucionario, a lo mejor encapuchado, que lo cambiará todo. Mientras, barajan manos de cartas que parecen todas comodines y bordan discursos sesudos en torno a conceptos mágicos, próximos al mito, que parecen definirlo todo, al mismo tiempo que invisten lo definido de una virtud, de una altura ética tan instantánea como total. Tómese por ejemplo el vocablo "plural". Si una reunión, un manifiesto, un grupo cualquiera se aparee con el calificativo de "plural", inmediatamente se sitúa a sí mismo en un nivel arriba de toda objeción o crítica. Si, por ejemplo, un tal "grupo plural" aborda lo que parecería un deslizamiento del país hacia el caos, planteándolo como un problema de "transición" política, al instante el concepto de "transición" se transforma en un átomo indivisible de saber politológico. A partir de ahí si se quiere pensar en el futuro inmediato del país, al final no queda sino referir lo pensado, el complicado conjunto de los problemas nacionales a esa sola cuestión: la "transición".

Véase el artículo de Carlos Fuentes, aparecido en *La Jornada* (12.7.94), donde el escritor, para salir de un divorcio que, según él, existe entre la política y esa "sociedad civil" mentada por todos pero no definida por nadie, nos invita a imitar la *transición democrática* de los españoles, quienes con los acuerdos de la Moncloa aseguraron la salida de una tradición autoritaria. Lo mismo hizo Bernardo Sepúlveda, quien evocó con elocuencia el *tránsito español* "en la primera reunión de un grupo plural de mexicanos" (advertir el uso de la palabra *plural*).

Bueno, para acabar pronto y entrar súbito en materia, permítaseme señalar con un índice así de largo que Fuentes, su grupo "plural", Bernardo Sepúlveda, y el numeroso batallón de los solones que desde hace tiempo nos fatigan la paciencia con su manoseo del concepto "transición", están actuando con medio cerebro en cuanto que en el empleo que hacen de la fórmula "transición democrática" implican un sesgo "ideológico" a mi parecer tan absurdo como inaceptable. Cuando hablan de "transición" de un régimen autoritario a la democracia pura y esplendorosa, se remiten, en cuanto modelo, a la transición española, o sea, se refieren al salto que dieron los españoles del franquismo a la democracia parlamentaria actual, donde el Jefe del Estado es el Rey. Eso en primer lugar, pero también, en segundo lugar, no me cabe duda que están pensando en otra transición más reciente, a saber, a la efectuada en los países del Este europeo, hasta el 89 incrustados a fuerzas en el bloque soviético, de sus regímenes marxistas-leninistas-stalinistas a una todavía incompleta normalidad democrática-liberal.

Ahora bien, para decirlo en corto, Fuentes, Bernardo Sepúlveda, y quienes se hayan sumado a esta idea de transición, están hablando a tontas y a locas, no saben lo que dicen. En México no estamos por salir de nada ni remotamente parecido al franquismo y desde luego de nada que se asemeje ni por asomo a los regímenes del ex Pacto de Varsovia. El paralelo, por lo tanto, no se sostiene; los modelos son inservibles. Partir de ellos para extraer soluciones (¿cuáles soluciones de cuáles problemas efectivos?) a nuestras preguntas hará que necesariamente se piense mal y se promuevan o incluso se adopten medidas erradas, que sólo aumenten la confusión general.

En vez de eso, aunque soy consciente de la inutilidad de estas prédicas en el momento actual, quisiera proponer una reflexión distinta centrada en la manzanota de la discordia, el tan traído y llevado PRI. A ese respecto me propongo realizar un número casi de circo, una cabriola con tres vueltas en el aire y sin colchón de seguridad. Reconozco que las Casandras no abundamos en simpatía, y más bien provocamos vómito. Pero mejor aligerar el estómago que no cargarlo de piedras indigeribles sólo porque han sido bendecidas por algún santón cultural. Pero en fin, allá voy.

En primer lugar, dada la implantación histórica del PRI en la sociedad mexicana, tan profunda que, en cierto modo, se funde el uno con la otra (en esto me complace discrepar totalmente de Fuentes), en el momento actual le toca al Partido

desempeñar una función de elemento soportante del ajuste definitivo de la sociedad mexicana en una democracia plena. Una hipótesis: si de un momento al otro, como sucedió al PCUS, el PRI se desintegrara, ninguno de los partidos opositores estaría en condiciones de llenar el vacío, y es dudoso que pudiera hacerlo una alianza entre ellos.

Como Rusia, México caería en una grave confusión. Para que la alternancia en el poder sea efectiva, como tendrá que ser en algún momento, el PRI deberá garantizar, en beneficio de todos los partidos, un clima de civilidad y adhesión a la ley. Eso es precisamente lo que el PRI está haciendo en este momento, en medida creciente.

En la medida en que la crisis nacional, estallada en el 82, se tradujo en una crisis priista, y se advirtió que ciertos rasgos estructurales de la organización le otorgaban a ésta un perfil que no correspondía al de la sociedad, y se empezaron a realizar ajustes encaminados a corregir las distorsiones, habida cuenta de que, al fin y al cabo, la sociedad mexicana se había formado en muy gran parte por efecto de la labor priista, sucedió algo que no se esperaba. Es decir, sucedió que, por primera vez, fue posible enfocar históricamente el desenvolvimiento del partido y descubrir que, en esa perspectiva, el PRI (o por mejor decir, la sucesión PNR-PRM-PRI) en su desarrollo frente a sus tareas internas y sus actuaciones externas, propias y —en virtud del *presidencialismo*— de los gobiernos a través de los cuales realizó la gestión del poder, constituía una entidad histórica (de la historia pasada y la por hacer) identificada con las aspiraciones nacionales. Esa entidad, ese ente político se podría describir más o menos como sigue:

1. El PRI (o quizá deberíamos llamarlo el Partido de la Revolución Mexicana, para englobar en un título sus tres encarnaciones) es, como partido político, un caso absolutamente sin paralelo en el horizonte de las democracias modernas. Se suele señalar que los partidos políticos se constituyen para conquistar el poder. Primera singularidad del Partido: nació instalado en el poder.

Singularidad todavía más acentuada es que, lejos de convertirse en instrumento de ninguna dictadura, ni militar ni de ningún otro tipo, asumió como tarea fundamental el dotar de instituciones democráticas sólidas a un país hundido en el atraso, y conducirlo hacia el ideal de la plenitud republicana perseguido obstinadamente a lo largo de nuestra existencia de país independiente. El que esa tarea, culminada en una democratización plena, implicara al final, para el Partido, el riesgo real de perder el poder en cuya posesión había nacido, indica que encarnó, en modo por demás notable, la conciencia de un pueblo también notable por la constancia con que ha sostenido sus propósitos originales. En este momento, sin prejuicio alguno en su favor, sobre la base tanto de que lo está haciendo ahora (consecuencia de su propia actividad), como de su discurso actual, el Partido puede contemplar el conjunto de su historia sesentenera y hacer de ella —a despecho de altibajos, errores coyunturales, involuciones y corruptelas— una lectura donde se ve a sí mismo articulado en un proceso absolutamente sin igual de construcción de una nación sobre el cimiento de una vocación democrática sin equívocos.

En el arco de ese medio siglo, el Partido hizo posible que el aparato de poder, enteramente en sus manos, realizara algo

que prácticamente se antoja impensable para ningún otro tiempo o ninguna otra latitud, a saber: alentar, fomentar, inclusive construir, hacer, una oposición viable. O sea, con justa gradualidad, en tiempos que al final resultaron medidos, con sensibilidad para la gestión de los conflictos sociales, compartir el poder, antesala de la verdadera democracia. Si por encima de los sacudimientos y los cruentos conflictos finiseculares, hoy día es posible barruntar, en la política universal, un filón postmaquiavélico, un buen ejemplo de ello es el civismo mexicano.

2. La secuencia PNR-PRM-PRI derivó de la Constitución de 1917 la legitimidad para gobernar. Desde un principio, quedó entendido que el pacto de 1929, como el Partido construido sobre esa base, era un recurso y un instrumento *transitorio* (en su acepción de *tránsito, pasaje, movimiento hacia*). Su función era dar al país paz, tranquilidad, tiempo para reformarse sin desgarramientos ulteriores, espacio para edificar las instituciones republicanas. El Partido de la Revolución Mexicana fue posible, persistió, conoció una larga vida y evolucionó, en virtud de una promesa implícita en él: ser vehículo para llegar a la democracia. Los 65 años de vida que ha sumado no impiden que la acción del Partido se pueda contemplar bajo la especie de la *transitoriedad*. Porque ese más de medio siglo, lejos de ofrecer el panorama gris de una nación inmóvil (se me ocurre pensar en los 46 años de Kim Il Sung, capítulo aún no cerrado, o los 46 años del salazarismo, o los 36 años de Franco), nos entrega el film de una nación en movimiento, con sucesiones regulares en el poder de hombres pertenecientes a generaciones siempre nuevas, con la puesta en práctica de diseños políticos que en ciertos momentos resultaron fuertemente contrastantes, y, en fin, con un desplazamiento persistente hacia la meta, hoy al alcance de la mano, para todo el país, es decir, al momento en que al ser, por fin una y la misma cosa la letra y la praxis de la Constitución, veremos instaurada entre nosotros la democracia. Por lo tanto, cuando en la actualidad nuestros politólogos y críticos, nuestros Carlos Fuentes y nuestros Bernardos Sepúlvedas hablan de transición y piensan en la España de 1975 o en la Europa oriental de 1989, no hablan, blablablan; porque en sentido estricto la *transición* mexicana empezó en 1929. Y desde entonces, ha sido continua, persistente.

3. *Un post scriptum* quizá útil. En 1929 no existía, ni existió posteriormente durante un largo tiempo, ninguna otra organización válida, capaz de disputarle objetivamente el poder al PNR-PRM-PRI. Pero los gobiernos del Partido, uno tras otro, realizaron reformas trascendentales en materia política. Por ejemplo, se otorgó el voto a la mujer, y se abrió el acceso al área del gobierno a las organizaciones opositoras a las que, además, se fortaleció en muchos modos. Si en verdad el Partido ejerció hegemonía, no la utilizó para cubrir de sal el terreno a su alrededor; al contrario, hoy, mirando hacia atrás, y jugando por los resultados actuales, podemos afirmar que el Partido se sirvió de la hegemonía para deshacerse de ella, paulatinamente, con la mira puesta en la democracia. En el PRI, al final, tenemos un organismo político que construyó la nación, que ha evolucionado a la par con el país, y que ahora se presta a ocupar un sitio en el arco de los diversos partidos creados por una sociedad resultante de la obra priista.

En resumen, el proceso electoral de hoy, en el que hieren tantos factores del último tiempo, derivados de la crisis

cultural por la que pasa la civilización a la cual pertenecemos realmente no se puede interpretar como “quiebra del sistema” o “colapso del autoritarismo priista” o “derrumbe del aparato”. Porque no hay nada de eso, sino, como suele suceder en el desarrollo de la ciencia —para utilizar una metáfora

un tanto jalada de los pelos pero que da la idea precisa—, lo que estábamos presenciando es el estallido de un paradigma en vías de ser substituido por otro que el primero alimentó en su seno como un germen de porvenir. ✦

